

Jurar con miedo

HILDA SABATO | sabatohilda@gmail.com

Profesora Emérita de la UBA / Investigadora Superior del Conicet en el Instituto de Historia Argentina y Americana
Dr. Emilio Ravignani

Por esas vueltas de la suerte, terminé de cursar el Profesorado en Historia en agosto de 1974. Un par de semanas más tarde, en medio de un clima político muy turbulento, el gobierno de María Estela Martínez de Perón procedió a intervenir las universidades nacionales y designó nuevas autoridades, bajo la batuta del derechista Ministro Oscar Ivanissevich, de antigua prosapia peronista. Comenzó entonces una sistemática persecución ideológica con la cesantía de decenas de docentes, el control de los estudiantes y el cierre de sus organizaciones, y la represión de cualquier actividad considerada “subversiva”. En Filosofía y Letras, se designó al Presbítero Raúl Sánchez Abelenda como decano, quien llevó adelante con total convicción el mandato de “la misión Ivanissevich”.

La limpieza se inició de inmediato. Por entonces –y esa fue mi suerte– no tenía que volver a cursar, pero como docente auxiliar de conocida participación en la gestión anterior, quedé afuera. No volví a la Facultad hasta luego de caída la dictadura, a fines de 1983.

Hubo, sin embargo, una excepción, cuando me entregaron el diploma de Profesora. Y esa es la historia que quiero contar aquí. Necesitaba ese papel para poder seguir adelante. Era muy riesgoso hacerse presente en la Facultad, por lo que encaré los trámites por teléfono y gracias a la ayuda y generosidad de los empleados no docentes de esa sección. Finalmente, a fines de abril de 1976, luego de más de un año de gestiones, ya con los militares en el poder y una nueva intervención en la UBA, me llamaron de esa oficina: “Sabato –me dijeron– va a haber una jura la semana próxima. Pero es a puertas cerradas, en el edificio de 25 de Mayo. Tenés que ir sola, sin familiares ni amigos”. Respondí sin pensarlo demasiado: “Anotame, por favor!”.

Corté y me invadió un miedo profundo. La dictadura redoblaba la represión día a día, ferozmente. ¿Jura a puertas cerradas? ¿Sola? Pero tenía que hacerlo. Y allí fui. El edificio de 25 de Mayo estaba casi desierto. Me mandaron a un aula pequeña donde me encontré con otros pocos (¿10? ¿12?) compañeros. Minutos después, entraron dos no docentes y un oficial del Ejército, de rango medio. Nos ubicaron en torno a una mesa. Estábamos en silencio... hasta que comenzó la absurda ceremonia “secreta”. Y llegó el anti-clímax: el milico no sabía qué hacer, no tenía la menor idea de cómo debía proceder para tomarnos juramento. La situación era ridícula, casi cómica, pero teníamos que disimular la risa. Hasta que una no docente salvó la situación: le indicó pacientemente al personaje cómo seguir y, luego de varios traspiés, llegamos

por fin al juramento por grupos. “Por la Patria”, “Por Dios y por la Patria” o “Por Dios, por la Patria y los Santos Evangelios”. En un momento pensé que, al elegir la primera fórmula, me estaba condenando...

Nada ocurrió. En silencio, nos dispersamos rápidamente. No podía creer que había logrado salir de allí entera. Y con el diploma bajo el brazo. Claro que firmado por el Presbítero Doctor Sánchez Abelenda, de infausta memoria.



Título de la Profesora Hilda Sabato.